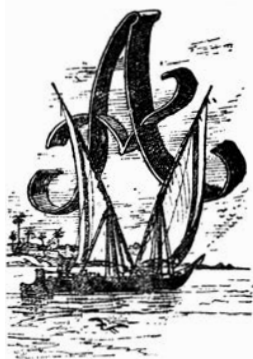


LA ARMADA Y LA ORDEN DE SAN FERNANDO: LOS MARINOS LAUREADOS

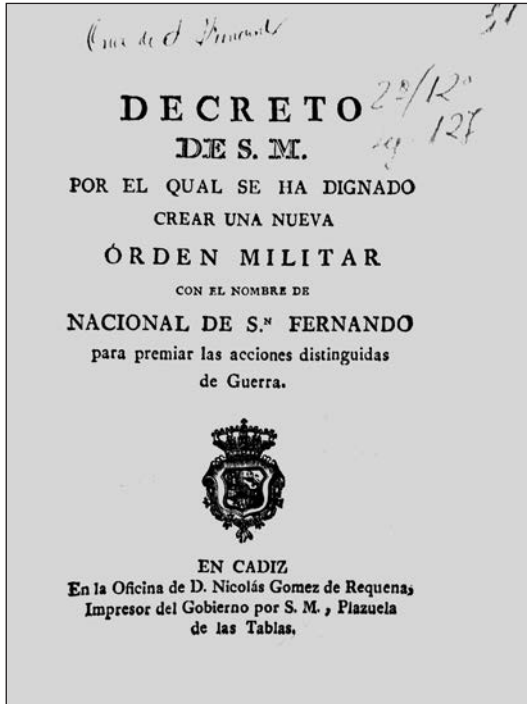
Alfonso DE CEBALLOS-ESCALERA Y GILA
Marqués de La Floresta
Universidade Técnica de Lisboa



L conmemorarse en 2011 el segundo centenario del establecimiento de la Real y Militar Orden de San Fernando, que a propuesta de las Cortes Generales y Extraordinarias tuvo lugar en la sitiada plaza de Cádiz el 31 de agosto de 1811, por decreto de la Regencia de España e Indias (durante la ausencia y cautividad del Rey Fernando VII), parece oportuno hacer en las páginas de la REVISTA GENERAL DE MARINA una breve memoria de la presencia de componentes de la Armada en ella.

Una presencia que, aunque significativa, no ha llamado la atención de los autores hasta tiempos muy recientes, al menos en cuanto se refiere al conjunto de ambas corporaciones. Desde hace tan solo un decenio, y por iniciativa del vicealmirante don José Luis Torres Fernández —que fue el impulsor de que en el patio de aulas de la Escuela Naval Militar de Marín se colocase una lápida con el nombre de una treintena de caballeros laureados de la Armada, y que también ha sido quien ha promovido cerca de los últimos jefes del Estado Mayor de la Armada la realización de los estudios pertinentes—, la Armada ha comenzado a ocuparse de sus propios laureados. Por fin hoy puede ya contar con un primer elenco documentado de todos ellos, ya que el Instituto de Historia y Cultura Naval acaba de publicar el extenso estudio *Laureados de la Armada. Los marinos en la Orden de San Fernando*, preparado por el autor de estas páginas junto con Luis de Ceballos-Escalera Gila y José María Madueño Galán.

Y es que es muy cierto que, a pesar de que honran los escalafones de caballeros laureados numerosos y heroicos marinos, los oficiales generales y oficiales de la Real Armada, al menos hasta 1898, no parecían haberse interesado mucho por esta recompensa militar, y podemos afirmar que durante casi



Reglamento 1811.

todo el siglo XIX prefirieron con mucho su particular Cruz de la Diadema Real de Marina, instituida en 1816, a la propia laureada —sobre esta condecoración podrá leerse muy pronto nuestro estudio *La Orden del Mérito Naval (Cruz de Distinción de la Diadema Real de Marina)*—. Esta falta de interés llega hasta el punto de que hemos tenido a la vista hojas de servicio en las que, habiendo merecido el interesado una y hasta dos cruces de San Fernando, ni siquiera constan en esos documentos profesionales. Esta sorprendente conducta pudiera obedecer quizá a que la cancillería de la Real y Militar Orden estuvo desde sus inicios establecida en el Ministerio de la Guerra —y no en el de Marina—, y que desde la Armada se veía a la Real y Militar

Orden, en cierta manera, como un asunto más propio del Ejército.

Y, sin embargo, lo cierto es que el cariz marineramente de la nueva Orden Militar creada en 1811 ha sido siempre muy neto, puesto que en sus reglamentos se han estimado *ab origine*, además de los hechos y acciones de guerra, los llamados *hechos de mar*, es decir aquellos actos de valor heroico realizados en el contexto de la secular lucha del hombre contra los elementos, incluso fuera de una guerra declarada.

Pero, como digo, la presencia de marinos en la Real y Militar Orden de San Fernando ha sido significativa, y además temprana. Ya entre los primeros condecorados con la gran cruz laureada hallamos a los tenientes generales de la Real Armada don Juan María de Villavicencio y de la Serna (comandante de la Escuadra del Océano y regente del reino durante la contienda), don Ignacio María de Álava y Sáenz de Navarrete (siguiente comandante de la Escuadra del Océano) y don Juan José Ruiz de Apodaca y Elorza, conde de Venadito (capitán general de Cuba); los tres fueron condecorados el 28 de marzo de 1816. Y en cuanto al primer oficial general de Marina en ganar la gran cruz laureada por el más antiguo hecho de armas pudo ser cualquiera de los tres

antecedentes, pues todos sus hechos meritorios se remontaban al periodo de la campaña contra los franceses.

Sin salir del generalato, el primer marino en ganar la cruz laureada de 4.^a clase, según la fecha de concesión, fue uno que entonces ya no pertenecía a la Real Armada, don Rafael de Aristegui y Vélez Ladrón de Guevara, conde de Mirasol, antiguo teniente de navío, que la mereció en 1834, siendo brigadier del Ejército, por un encuentro que tuvo con los carlistas en Jarque (Zaragoza), que le costó dos graves heridas.



Cruz laureada.

El primer marino que ganó la cruz laureada de 2.^a clase para oficiales, suboficiales y tropa, según la fecha de concesión y también según la antigüedad del hecho de armas que la causó, fue don Nicolás Otero de Figueroa y de Cea, capitán de fragata y comandante de la goleta *Ave Fénix*. Le fue concedida el 16 de noviembre de 1815 por su valor en el combate sostenido contra un corsario francés de superior porte, en las costas de San Nicolás (isla de Santo Domingo), el 26 de junio de 1811; acción en la que, tras negarse a rendir el buque de su mando, murió heroicamente sobre la cubierta, herido de tres balazos y dos sablazos en la cabeza.

También merecieron entonces los marineros varias cruces sencillas. El primero en ganar la cruz sencilla de 3.^a clase para generales y brigadieres, tanto en cuanto a la fecha de concesión como a la antigüedad del hecho de armas que la causó, el 16 de diciembre de 1817, fue el teniente general montañés don Felipe de Jado y Cagigal, y le fue concedida por su valor como jefe de una división del Ejército, al proteger la retirada tras la batalla de Rioseco (15 de julio de 1808) contra fuerzas francesas muy superiores, resultando entonces herido grave de un balazo en la pierna izquierda. Mientras que el primero en ganar la cruz sencilla o de 1.^a clase para oficiales, suboficiales y tropa fue el catalán don Tadeo de Ferrer y Rivas, capitán de fragata y mayor general de Marina del Primer Ejército, al que le fue concedida el 14 de junio de 1816 por su valor en los días 4 y 5 de mayo de 1812, al disponer las baterías asestadas contra el fuerte del convento de Capuchinos, en Mataró, jugándolas constante e imperturbablemente bajo el continuo fuego de los cañones franceses.



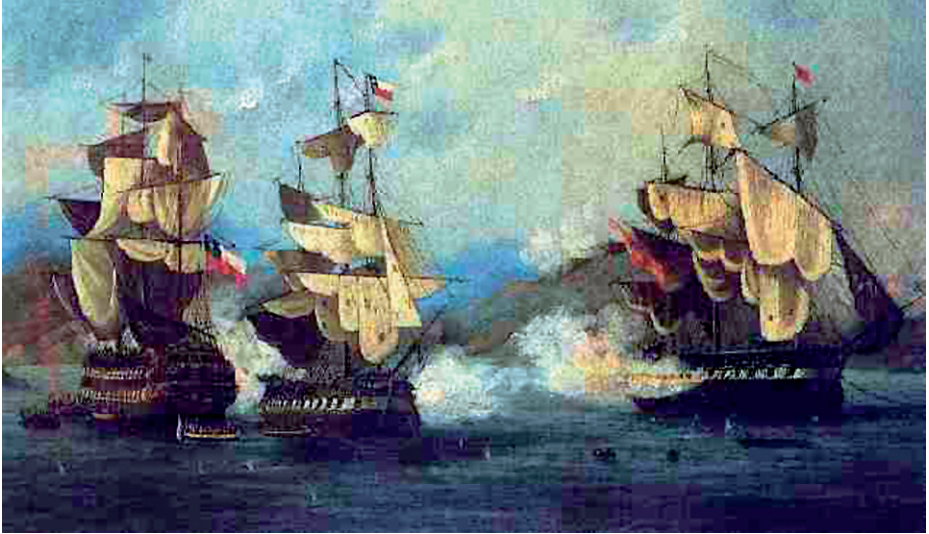
Retrato del capitán general Villavicencio, defensor de Cádiz en 1810-1812.

Si atendemos a la antigüedad del hecho de armas que causó la concesión, entonces el primero en ganar la cruz sencilla o de 1.^a clase para oficiales, suboficiales y tropa fue don José Primo de Rivera y Ortiz de Pinedo, que siendo teniente de navío la ganó en 1817 por su valor en la defensa de Zaragoza durante el primer sitio de la ciudad, en particular por los siguientes hechos: el 5 de agosto de 1808, atravesando las líneas enemigas; mandando la defensa de una de las puertas y las baterías de Santa Engracia y Portillo, en la defensa de la Torre Nueva; por el cumplimiento de una misión arriesgada que realizó gracias a un bote con el que pudo entrar y salir por el Ebro, y por último,

comandando un piquete del 2.^o Batallón de Voluntarios de Aragón en la captura de un convoy francés.

De entre las primeras concesiones, vamos a relatar algunos hechos memorables. Por ejemplo, el 27 de abril de 1818, en aguas de Valparaíso, dos buques piratas chilenos, arbolando bandera británica, lograron acercarse a la fragata *Esmeralda* (del porte de 36 cañones y dotación de 250 hombres) y sorprenderla con un rápido abordaje a la tripulación; pero rehechos los marinos españoles en el castillo del buque, lograron rechazar las duplicadas fuerzas asaltantes, llegando luego incluso a abordar a su vez a uno de los buques insurgentes, la fragata *Lautaro* (del porte de 52 cañones y dotación de 500 hombres), que finalmente hubo de picar estachas y ponerse en franca huida, tras sufrir los insurgentes la pérdida de más de cien hombres. Este heroico hecho de armas valió la cruz laureada de San Fernando al capitán de navío don Luis Coig y Sansón, comandante de la fragata; a su segundo, el también capitán de navío don Pascual del Cañizo Pareja, y al alférez de fragata don Antonio González Madroño, primero en el abordaje del *Lautaro*.

Otro caso bien curioso es el del sevillano don José Miguel Ponce de León González, capitán de la Carrera de Indias, y de la fragata-transporte *Neptuno*. Rodeado y atacado el buque de su mando en la ensenada de Tolú (actual



Combate de la *Esmeralda*.

Colombia) por fuerzas insurgentes, en 1815, sostuvo valerosamente el combate durante cuatro horas, hasta que, muerta más de un tercio de la tripulación y herida el resto, él mismo incluido, hubo de rendirse. Conducido a los calabozos de Cartagena de Indias, sufrió la misma suerte que los demás prisioneros españoles, que perecieron en una masacre general. Pudo sobrevivir milagrosamente a pesar de estar casi degollado y con dieciocho heridas, y volver a España, donde alcanzó el empleo de teniente de navío; pero hubo de llevar durante el resto de sus días —prolongados hasta 1854— un artilugio de hierro que le permitía llevar la cabeza derecha sobre los hombros.

A lo largo del siglo XIX, los marinos fueron condecorados al hilo de las sucesivas campañas militares en las que se vieron involucrados los ejércitos españoles. Por ejemplo, en la primera Guerra Carlista (1833-1840), sobre todo en el sitio de Bilbao (1836), en la toma de Pasajes (27-28 de abril de 1836) y en la villa y peñón de Guetaria. Esta plaza, defendida por el capitán de fragata don Juan de Otalora durante los quince meses en que fue su gobernador, fue sitiada el 15 de diciembre de 1835, y tras doce días con brecha abierta en la muralla cayó la población el 1 de enero de 1836; pero Otalora se replegó al peñón y castillo de la Atalaya, y allí aguantó a tiro de pistola y sin parapetos hasta que el 10 de marzo de 1836 los carlistas levantaron el sitio.

También hubo condecorados en las campañas: de Balanguingui en las Filipinas (1848); de las islas Chafarinas (1848); de Italia (1849-1850); de Joló (1851 y 1861); de Cochinchina (1859-1860); de la guerra de África (1859-



Toma de los fuertes de Balanguingui (Filipinas), 1848.

1860, señaladamente en el bombardeo de Arcila y Tetuán); del Pacífico y bombardeo de El Callao (1865, allí ganó la laureada el marinero Fernando Miranda Caamaño); de la tercera Guerra Carlista (1872-1876); de las Carolinas (1887), y de Cuba y Filipinas.

De entre todos los marinos condecorados con la cruz de San Fernando en aquellas campañas, recordaré al menos cuatro casos señeros.

En el asalto a la *cotta* fortificada de Pagalungán, el 17 de noviembre de 1861, el teniente de navío José Osteret Godos, comandante del cañonero *Luzón*, sostuvo el fuego durante cuatro horas a noventa metros de las líneas enemigas, a pesar de tener la máquina averiada, avanzando hasta permitir el asalto por el bauprés, logrando luego la rendición de la plaza. La bandera de combate del buque se colocó más tarde, por orden del rey, entre las enseñas gloriosas conservadas en el santuario madrileño de Nuestra Señora de Atocha.

En la villa y puerto de Portugalete ganó la cruz de San Fernando, el 11 de enero de 1874, el teniente de navío de primera clase don Tomás Olleros Mansilla, comandante de la goleta *Buenaventura*. Allí hostigó con todos los medios de su buque a los carlistas que sitiaban la villa, logrando prolongar trece días la defensa, hasta que, falto de municiones, destrizada la arboladura y el aparejo, con 32 impactos en el casco, haciendo agua y con inminente peligro de irse a pique, se vio obligado a forzar la salida por la ría bilbaína,

maniobrando en un espacio de cien metros bajo un nutridísimo fuego de las baterías y trincheras carlistas que disparaban a menos de doscientos metros del buque, salvándolo a pesar de haber quedado sin gobierno en los más críticos momentos del lance.

Muy pocas semanas después, en el asalto de las trincheras carlistas de San Pedro Abanto, en las cercanías de la sitiada plaza de Bilbao, el 27 de marzo de 1874, los bravos infantes del 2.º batallón del Primer Regimiento de Infantería de Marina, con su teniente coronel al frente, ganaron la primera corbata laureada concedida a fuerzas de la Armada. Porque, habiendo fracasado varios intentos de tomar las trincheras carlistas, se ofreció voluntario para volver a intentarlo el teniente coronel don Joaquín Albacete y Fuster, jefe del citado 2.º batallón; y, autorizado a llevarlo a efecto, él mismo se puso al frente de las tropas, ordenando a sus capitanes hacer lo propio y, tras tocar el corneta paso de ataque, se lanzaron contra las trincheras, logrando tomarlas al asalto, aunque a costa de dejar sobre el terreno un tercio de sus fuerzas, y continuando el ataque sin desmayo hasta el caserío de Murrieta, que también fue tomado en una arrojada carga a la bayoneta. Cayeron allí muertos dos capitanes, un sargento, dos cabos y diecinueve soldados; fueron heridos el teniente coronel, un comandante, dos capitanes, seis tenientes, cinco alféreces, nueve sargentos, catorce cabos, ciento cincuenta y tres soldados y el médico. Al día siguiente,



Bombardeo de Tetuán (Marruecos), 1860.



Combate del puerto de Cárdenas (Cuba), 1898.

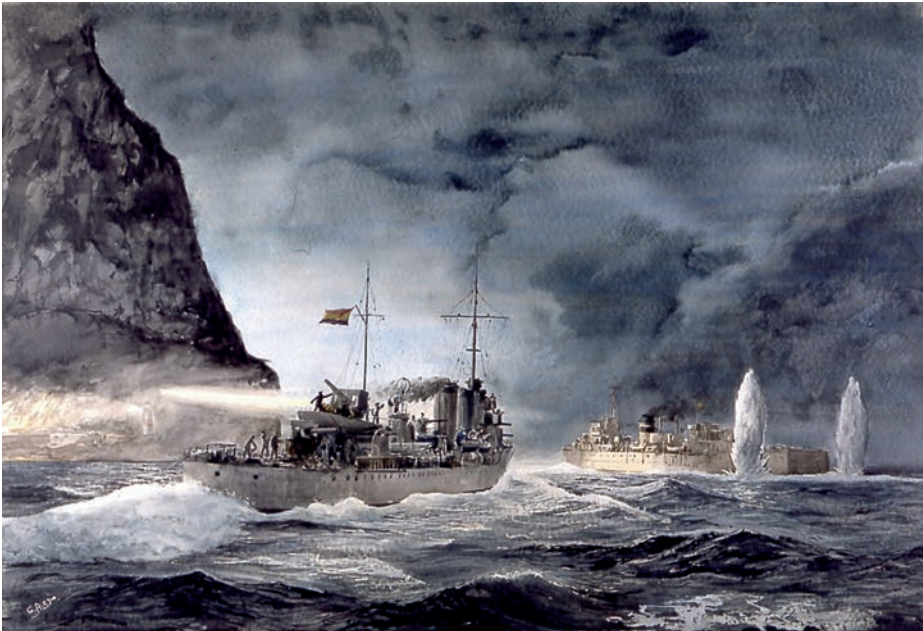
los restos de este heroico batallón desfilaron ante toda la División del Ejército del Norte que, presentándole armas, le hizo un mudo homenaje de admiración y respeto.

En cuanto a los héroes laureados de 1898 en Cavite y en Santiago de Cuba (Cadarso, Morgado, Lazaga, Bustamante, Villaamil, Carlier y Sánchez), son sobradamente conocidos. Pero no lo es tanto que no todo fueron derrotas: en la acción del puerto de Cárdenas, el 11 de mayo de 1898, el pequeño remolcador *Antonio López*, armado de urgencia con un cañoncito de tiro rápido y puesto al mando del teniente de navío don Domingo Montes Regüefeiros —justamente laureado por este hecho—, derrotó y puso en fuga con notables pérdidas a una mucho más poderosa flotilla norteamericana formada por el cañonero *Wilmington*, el crucero *Machias*, el guardacostas *Hudson* y el torpedero *Winslow*. Pero todavía hoy los historiadores *yankees* atribuyen tan afrentosa derrota al fuego de unas supuestas baterías de costa ocultas... que por supuesto jamás hubo allí.

Ya en el siglo xx son de notar algunas cruces concedidas en 1911 y 1913 por hechos de mar, y algunas laureadas y medallas navales y militares individuales ganadas en África. Y quiero hacer aquí buena memoria de un valeroso oficial casi desconocido, precisamente porque pertenecía a la Armada, pero que hasta ahora ha sido el único militar español que ha merecido ¡cuatro! condecoraciones al valor muy distinguido, quiero decir dos medallas militares individuales y dos medallas navales individuales: me refiero a don Pedro Pérez de Guzmán y Urzáiz (1901-1979), que ganó tres de ellas durante la Guerra de África y la cuarta durante la Guerra Civil, y que a pesar de haberse retirado del servicio en 1942 como capitán de fragata obtuvo cuatro ascensos

sucesivos —uno por cada medalla, según reglamentos—, y así concluyó su carrera naval y militar en 1972 con el empleo de almirante de la Armada. Un caso bien insólito, sobre el que tengo escritas algunas páginas para la *Revista de Historia Naval*.

Pero sería durante la última Guerra Civil cuando, por fin, la cruz laureada de San Fernando ganó *carta de naturaleza* en la Armada, ya que durante aquella contienda no fueron pocos los marinos que la merecieron por su heroísmo, y que la prestigiaron en el seno de la propia Armada. Haré sucinta memoria de cinco de aquellos héroes. El capitán de navío don Salvador Moreno Fernández, laureado tras reducir a la tripulación subleada del crucero *Almirante Cervera* en Ferrol, en la noche del 22 de julio de 1936. El alférez de navío don Federico Sánchez-Barcáiztegui, comandante del pequeño remolcador *Galicia*, armado y reconvertido en bou para operar en el Cantábrico, que el 19 de septiembre de 1936, en aguas de cabo Peñas (Asturias), se enfrentó en combate desigual contra el submarino *B-6*, en cuya acción resultó muy dañado su buque, logrando a pesar de ello, tras cuatro horas de lucha, el hundimiento del submarino. El capitán de corbeta don Fernando Abárzuza Oliva, comandante del minador *Vulcano*, que el 29 de diciembre de 1938, en aguas del Estrecho, apercibido de que el muy superior destructor *José Luis Díez* intentaba salir de



Combate del *Vulcano* y el *José Luis Díez*, 1936.

Gibraltar al amparo de la noche, no dudó en enfrentarse a él; y notando que el destructor, mucho más veloz, se le escapaba, ordenó sin vacilar rumbo de colisión para cortarle el paso, se le echó tan encima que sostuvo nutrido fuego de armas portátiles borda con borda y logró obligarle a varar en una playa gibraltareña. El teniente de navío don Alfredo Lostau, de la dotación del crucero *Canarias*, a quien le fue concedida la cruz laureada por su valor heroico en las operaciones de abordaje y captura del transporte de guerra enemigo *Mar Cantábrico*, el 8 de marzo de 1937, en aguas del cabo Mayor (Santander), y su difícilísima conducción al puerto de Ferrol, en medio de una mar bravía y amenazado por los incendios y las explosiones constantes de parte de las toneladas de municiones que llevaba a bordo, negándose a abandonar el buque a pesar de habersele dado el permiso para hacerlo. Y por último un humilde hijo de Galicia: don Manuel Lois García, cabo de Infantería de Marina a bordo del crucero *Baleares*, que durante el combate de Cherchel (aguas de Argel), el 7 de septiembre de 1937, con un heroísmo extraordinario abrió a *cuerpo limpio* una caja de iluminantes incendiada que estaba puesta sobre otra de proyectiles de alto explosivo, y cogió en los brazos un proyectil iluminante que estaba ardiendo al rojo vivo dentro, poniendo en grave peligro al propio buque, y logró lanzarlo por la borda, pero a costa de recibir en el acto tan gravísimas quemaduras que le costaron la vida en la noche siguiente. El comandante del crucero, Vierna, que en uso de sus atribuciones le había impuesto ya la medalla militar individual, cumplió con el triste deber de poner en la frente del héroe caído el *beso de la madre ausente* que es tradicional en nuestra Armada.

A partir de los iniciales 33 personajes identificados en la lápida puesta por el vicealmirante Torres en la Escuela Naval Militar, concluidas nuestras pesquisas hemos pasado a conocer con precisión los nombres y circunstancias de nada menos que 319 marinos laureados: 12 grandes cruces laureadas, dos cruces laureadas de cuarta clase, 37 cruces laureadas de segunda clase, 10 cruces sencillas de tercera clase y 256 cruces sencillas de tercera clase (más dos carlistas). Y, además, otras 156 cruces dadas a personal del Ejército, paisanos y marinos extranjeros, por hechos de mar. Y, dado que el vigente Reglamento de la Orden incluye entre sus miembros a todos los condecorados con la medalla militar individual (que desde 1918 sustituye a las cruces sencillas de tercera y primera clase de la Orden de San Fernando), hemos formado también las relaciones de los marinos premiados con esta preciada condecoración al valor: 32 con la medalla naval individual (y doce colectivas), 58 con la medalla militar individual (y ocho colectivas) y cuatro con la medalla aérea individual.

Estas cifras vienen a confirmar lo que al principio enunciaba: que en cierta forma la Armada *miró de soslayo* nuestra primera y principal recompensa al valor militar heroico, puesto que a pesar de la participación activa y decisoria de la Armada en todas nuestras grandes campañas decimonónicas el número

de marinos admitidos en la Real y Militar Orden de San Fernando no parece ser tan significativo como debiera. Esos 319 caballeros de la Armada vienen a representar tan solo el 2'5 por 100 de los aproximadamente 14.000 caballeros militares que hasta ahora han integrado la Orden —naturalmente, hago abstracción de los otros tantos paisanos y milicianos nacionales condecorados—.

Hace escaso tiempo, el 23 de marzo de 2011, ha fallecido en Madrid, con más de noventa años, el que era último eslabón de esta larga cadena de héroes, por cierto segoviano, el contralmirante don Manuel Colorado Guitián, el único caballero de la Real y Militar Orden de San Fernando que formaba parte de la Armada, y que mereció la medalla militar individual combatiendo como artillero en noviembre de 1936 en el frente de la Ciudad Universitaria madrileña.



Contralmirante Manuel Colorado Guitián.

